

EL SÉPTIMO CÍRCULO

# CLAVES PARA CRISTABEL

POR  
MARY FITT



Un año antes del principio de este relato, se enferma y muere la joven novelista Cristabel Strange. De acuerdo con la voluntad de la muerta, su amiga Marcia Wentworth debe escribir su biografía, pero, inexplicablemente, sus diarios íntimos han sido legados a su excéntrica y astuta abuela, que aborrece a Marcia y rehúsa entregarle los manuscritos. El doctor George Cardew, un amigo de infancia de Cristabel, llega a la casa y se halla en medio de dos bandos hostiles. Entonces ocurre otra muerte, y alguien roba uno de los cuadernos de Cristabel. Poco a poco, George Cardew va penetrando en la secreta vida de Cristabel y acaba por descubrir al culpable.

# CLAVES PARA CRISTABEL

Mary Fitt

*Para L. M. C. C.*

## CAPÍTULO PRIMERO

### 1

El doctor George Cardew salió a la galería donde el doctor Fitzbrown y el superintendente Mallett, sentados, los vasos de *whisky* sobre una mesa redonda colocada entre ambos, observaban con indiferencia a los abejorros bailotear en el aire del crepúsculo, más allá del humo de sus cigarros. Cardew era joven, pero su paso era firme y lento, como todos sus movimientos. Arrojó el sombrero sobre una silla de mimbre y se adelantó.

Finalizados los saludos y encendido el cigarro de Cardew, Fitzbrown lo miró con curiosidad:

—Las vacaciones no parecen haberte aprovechado —dijo.

Cardew, el ceño fruncido y mirando el poniente, no contestó. Se volvió a observar una polilla blanca que aleteaba ruidosamente contra la lámpara ubicada en el ángulo de la galería, y su rostro apareció pálido y tenso.

—¿Dónde está tu tono cobrizo? —continuó Fitzbrown—; y ni siquiera mencionemos las picaduras de tábano. Por lo general, cada vez que puede tomarse unos días libres —explicó a Mallett—, Cardew va de pesca.

Olisqueó con envidia el aromático aire del atardecer.

—¡Ustedes, los habitantes del campo, son afortunados! Lugares agradables... pacientes adinerados... gastos reducidos...

Las arrugas de la frente de Cardew se ahondaron y su silla de mimbre crujió. Fitzbrown deseaba que dijese algo, o bien se marchara y le dejase continuar su cómoda conversación con Mallett. Nadie es tan mal recibido como un invitado que atrae hacia sí toda la atención, como un vacío, y nada brinda en cambio.

—¿A qué parte del río se fue a pescar? —la pastosa voz de Mallett, teñida de suave y sardónica comprensión, invitaba al poco cordial visitante a hablar, a establecerse o partir. Cardew murmuró una respuesta *distrante*<sup>[1]</sup>. Luego se volvió hacia Fitzbrown y estalló:

—Mira... quiero decir, tú sabes... estoy preocupado.

—Puedo verlo fácilmente —dijo Fitzbrown en tono amable—. Cardew y yo estuvimos en el mismo hospital —explicó a Mallett—. Tiene una naturaleza preocupada. Pero cada vez que le hacíamos burla por eso, lo endiablado del asunto es que tenía razón. Continúa, George.

Cardew dirigió una mirada de desconfianza hacia Mallett.

—Es algo confidencial —dijo—. No quiero que lo que diga se use para ningún fin.

Mallett rio.

—Mi querido señor, no suelo estar a la busca de trabajo. El trabajo me encuentra por sí solo. Ustedes dos pueden mantener su consulta, yo seguiré entregado a mis pensamientos. —Exhaló una nube de humo hacia los abejorros, haciéndolos danzar aún más salvajemente.

Cardew se volvió hacia Fitzbrown. La manera de proyectar hacia adelante la quijada revelaba resolución, pero su ceño fruncido dejaba entrever aún su desconcierto.

—¡No fui a pescar! —dijo—. Ojalá hubiese ido. Pasé mis vacaciones... —vaciló— en casa de Cristabel.

—¿En casa de Cristabel? —repitió Fitzbrown—. Pero... Cristabel ha muerto, ¿no es así? —Miró a Cardew con incertidumbre—. Creía que había muerto hace alrededor de un año.

—Así es —dijo Cardew—, poco más de un año. Pero todavía es «la casa de Cristabel». Nada ha cambiado, salvo que ella ya no está allí, y en cambio hay una multitud de otras personas. Pero todo se refiere a ella, verás... a su vida. Por eso estamos aquí.

Fitzbrown dijo a Mallett:

—Supongo que habrá oído usted hablar de Cristabel Strange.

—¿No era una escritora? —preguntó Mallett en tono soñoliento.

—Sí. Escribía novelas. Una o dos de ellas fueron llevadas al cinematógrafo. Amasó una fortuna. George y yo la conocimos de chiquilla, aunque sin conocernos mutuamente hasta tiempo después. George la conoció mejor que yo. Él vivía cerca de su casa y también conocía a su familia ¿no es así?

George asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. No sé por qué he sido tan tonto de dejarme arrastrar a todo este desatino. Pero... bueno, pobre muchacha, sentí que lo debía a su recuerdo. —Su voz, solemne y conmovida, adquirió un tono bajo y reverente. Luego estalló con irritación—: ¡Ojalá no lo hubiese hecho, sin embargo! ¡Maldita pérdida de tiempo!

—¿Realmente? —preguntó Fitzbrown—. ¿Por qué? ¿Qué sucede allí? —La curiosidad se sobreponía a su simpatía—. ¿La vieja abuela se ha vuelto por fin completamente loca, o se trata de la nuera?

Se volvió nuevamente hacia Mallett:

—Nunca hubo mejor ejemplo de un nombre tan bien adaptado a quienes lo llevan o bien, si usted lo prefiere, de personas que viviesen de acuerdo con su nombre. Eran todos raros<sup>[2]</sup> en una u otra forma, salvo Cristabel. Cristabel era una buena muchacha. Por lo menos, lo era cuando la conocí. No sé si la fama la echó a perder.

Cardew se volvió hacia él con vehemencia:

—¿Crees que podría calificarse a la abuela de loca?

—Bien —respondió Fitzbrown en forma más prudente —, si me solicitas una opinión profesional, no lo certificaría. Pero es rara. Es cierto que no la he visto durante varios años: pero supongo que no debe hallarse lejos de los ochenta en la actualidad, de modo que probablemente todas sus peculiaridades se habrán desarrollado. ¿Es ese tu problema? ¿Quieren que la internes?

Cardew sacudió la cabeza negativamente.

—No, no, nada de eso. Mira, si no te opones, me gustaría exponer los hechos ante ustedes. En esa forma, yo mismo podría apreciar mejor si hay algo de cierto en lo que pienso, o si es mi imaginación. Quizá la atmósfera en la que he vivido durante la última semana sea causa de todo... pero no estoy muy seguro.

Se pasó una mano por la frente; luego, viendo que Mallett se disponía a marcharse, dijo:

—Me agradecería mucho que usted se quede, superintendente, y me dé su opinión. Podría ser algo que pertenece tanto a nuestro campo como al suyo. Mallett volvió a acomodarse en su silla.

## 2

## EL RELATO DE GEORGE CARDEW

Mucho me sorprendió recibir una carta de *Mrs. Wentworth*. Sabía que era una gran amiga de Cristabel y que estuvo junto a ella en el momento de morir; pero fuera de eso nunca había pensado en ella y supongo que no la habría reconocido en caso de haberla encontrado. Visité a Cristabel —no como profesional, simplemente como amigo— durante su última enfermedad. *Mrs. Wentworth* se alojaba en la casa y también lo hacían otras personas, demasiadas para la salud de Cristabel, según pensé entonces. Dije a la madre de Cristabel que debía pedirles se marcharan, pero me contestó que no podía: era ahora la casa de Cristabel y si ella decía que podían venir, inútil era que alguien los llevase a un lado y les sugiriese que se fueran.

En esa oportunidad, vi varias veces a *Mrs. Wentworth*, pues por lo general estaba junto a Cristabel; en realidad, resultaba muy difícil estar a solas con Cristabel. Yo quería verla en privado, interrogarla acerca de su enfermedad; pero resultaba violento hacerlo siempre en presencia de *Mrs. Wentworth*, sobre todo considerando que mis visitas no tenían carácter oficial. Pensé que ella se ofendería si yo comenzaba a hacer preguntas sobre el origen de la enfermedad de Cristabel y qué tratamiento se le había aplicado en Londres. *Mrs. Wentworth* podría pensar que yo la criticaba de alguna manera, juzgando la forma en que había cuidado a Cristabel. Y yo no podía aparecer en ese momento y co-

menzar a entrometerme, pues no había visto a Cristabel durante tantos años, ni me había molestado en averiguar si vivía o había muerto...

Sin embargo, hice corteses averiguaciones, por supuesto. En un momento, me dijeron simplemente que estaba convaleciente, descansando después de un colapso. Ahora bien, para mí —y supongo que también para ustedes—, la palabra «colapso» puede significar cualquier cosa, desde fingirse enfermo hasta un ataque de locura. La gente va a una casa de reposo o a una estación termal para hacer alguna cura mental y luego regresa diciendo que han sufrido un colapso. De modo que, naturalmente, yo sentía curiosidad por saber algo más. Cuando pregunté a Cristabel: «¿Qué clase de colapso?», sonrió, se ruborizó y me miró con aire de desaprobación tan suyo, como diciendo: «Por favor, no armes alboroto por mí. Es una bagatela. No es nada. Son cosas mías».

En un comienzo, lo acepté. Pensé que quizás había sufrido algún tipo de colapso mental. Todo el resto de su familia eran raros, de modo que por qué no habría de serlo también ella, especialmente dedicándose a esta ocupación de escribir, trabajando en demasía y viviendo sometida a una gran tensión, alternando con gente alocada, descuidando su salud.

Mrs. Wentworth estaba presente cuando formulé la pregunta, pero no ofreció información alguna. De pie al otro lado del diván de Cristabel —Cristabel se levantaba en ese entonces—, echaba chispas, si se puede usar esta expresión acerca de una mirada que nada bueno significa. Esta Mrs. Wentworth no es una mujer fea: habrá quienes la consideren bonita. A partir de entonces, la he conocido mejor, pero en ese momento creí que me estudiaba con esa especie de sonrisa que significa: «Si yo fuera usted, no me entrometería», y eso me molestó. De modo que en mi visita siguiente, pedí ver primero a la madre de Cristabel.

Cuando acudió, algo de mala gana o por lo menos así me pareció, le dije:

—Mrs. Strange, ¿qué ha sucedido con Cristabel? Me parece lejos de estar bien. Creo que debiera contar con un cuidado más experto, y usted contar con la asistencia de un médico. No quiero decir yo mismo, aunque lo haré gustosamente si ella lo desea. Pero quizás sea mejor un extraño. Podría no obedecerme como debiera.

No sé si ustedes conocen a la madre de Cristabel. Es una de esas mujeres vagas, ineficaces, que agradan a la mayor parte de la gente y a quienes todos hallan incurables. Es incurable. Nadie puede imaginar cómo logró criar a esos tres hijos. Cuando la interrogué acerca de Cristabel, miró en torno en forma desasosegada, agitó las manos y dijo:

—¡Oh, querido George, es un misterio tan grande! ¿No podrías preguntar a Marcia? Ella estaba con Cristabel en ese entonces.

La vez siguiente, no hice intento alguno de interrogar a Cristabel, especialmente al ver que parecía aún más frágil que antes, y poco inclinada a hablar o a hacer algo, salvo sonreír. Pero una vez que me hube despedido de ella, dije a Mrs. Wentworth:

—¿Puedo hablar con usted un minuto?

Cuando estuvimos fuera de la habitación, le pregunté:

—¿Qué ha sucedido, exactamente, con Cristabel?

Debo admitir que me desarmó de inmediato. Me respondió con franqueza y seriedad:

—No hay en ello ningún misterio, aunque lo hubo al comienzo. Cristabel creyó que sufría de influenza, y guardó cama. Pero al no mejorar, pensamos que debía de tratarse de alguna otra cosa y conseguí que me permitiese llamar a un especialista. Debí esforzarme mucho para convencerla. Tenía tanto miedo de la enfermedad, de verse obligada a ceder. Le repugnaba la idea de dejar de trabajar, de no poder ver a sus amigos, especialmente en vista de que la en-

fermedad parecía tan indefinida. Todo lo que podíamos ver era que se sentía continuamente fatigada y enferma de una manera vaga y general; y por la noche tenía fiebre alta. Bien, vino el especialista, le extrajo sangre y la hizo analizar; al cabo de unos días regresó y dijo que sufría de fiebre ondulante, algo que uno adquiere bebiendo leche contaminada, según parece. Le recetó esas tabletas nuevas que durante un tiempo hacen sentirse tan mal al paciente; pero la curaron. Dijo que lo único que Cristabel debía hacer era descansar, tomar hierro para su anemia. De modo que vino aquí.

Hice a *Mrs. Wentworth* varias preguntas acerca de los progresos de la enfermedad, su duración, etc., y cuánto tiempo hacía que la temperatura se mantenía normal. Me mostró el régimen prescrito por el especialista, y parecía ser lo correcto. Me retiré perfectamente satisfecho y creí haber juzgado mal a *Mrs. Wentworth*: parecía muy preocupada por Cristabel, y evidentemente gozaba del aprecio de esta, pues de otra manera no la hubiese tenido consigo. En cuanto a los demás visitantes, eso era asunto de Cristabel: era escritora y los escritores tienen ideas distintas de la demás gente.

Después de esa ocasión, no volví con tanta frecuencia. Cristabel parecía reponerse bien y la casa estaba siempre llena de gente nueva, amigos literarios de Cristabel o de Marcia. No me agrada mucho ese tipo de persona, de modo que aparecía por allí solo ocasionalmente, por la mañana, mientras visitaba a mis pacientes. *Mrs. Wentworth* estaba todavía allí, pero no parecía ocupar un lugar tan ostensible; Cristabel me dijo que Marcia necesitaba un descanso, un cambio, y ella la había persuadido a salir más a menudo, especialmente ahora que habían venido su marido y varios amigos. Cristabel parecía aún alejada de todo y supuse que prefería estar a solas.

Luego, a comienzos de junio, o quizás haya sido a fines de mayo, tomé mis acostumbradas vacaciones y fui a pes-

car. Partí sin tener la oportunidad de despedirme de Cristabel. Se me invitó a incorporarme a una excursión de pesca y todo se arregló repentinamente en una tarde, incluso un reemplazante que atendiera mi consultorio. Partí a la mañana siguiente, sin pensar siquiera en Cristabel. Al regresar, tres semanas más tarde, me sacudió la noticia de su muerte. Había muerto durante la madrugada del 24 de junio.

Mi reemplazante me comunicó que no se me había llamado. Me sentí algo herido. Luego pensé que quizá sabían de mi ausencia. Más tarde descubrí que habían llamado a Betterton, de Chode Minor; pero puesto que nuestras relaciones no eran de las mejores, no pude saber cómo había redactado el certificado de defunción. Las habladoras locales dijeron que había muerto de alguna especie de ataque cardíaco; al parecer, había sufrido una recaída, guardó cama y murió dos semanas después. Los rumores atribuían la recaída a diversas causas, pero nadie sabía nada definido y lo que la gente susurraba carecía de gran valor porque, naturalmente, los vecinos consideraban a los amigos de Cristabel con buena dosis de hostilidad o, por lo menos, en forma sumamente crítica.

Asistí al sepelio. Hubo un servicio religioso en la iglesia, que como ustedes saben se halla muy próxima a la casa; pero no concurrí. Me incorporé al cortejo cuando llevaban el ataúd hacia el sepulcro. La familia de Cristabel se situó a un lado de la tumba; sus amigos, en el otro. Recuerdo haber pensado entonces que eran como fuerzas opuestas enfrentándose sobre la sepultura abierta. Estaba allí *Mrs. Wentworth*, por supuesto, vestida completamente de negro, a diferencia de los demás; y para mi sorpresa, junto a la familia. Al salir la procesión de la iglesia, la anciana *Mrs. Strange* se apoyaba pesadamente sobre el brazo de *Mrs. Wentworth*; al llegar junto a la tumba, *Mrs. Wentworth* permaneció allí, en aquel costado.

Me retiré en cuanto comenzaron a cubrir con tierra el ataúd. No quería encontrar a la familia y verme obligado a

regresar a la casa con ellos. De modo que nada más oí sobre la causa de la muerte excepto, como he dicho, esos inciertos rumores.

Más adelante, cuando se dio a publicidad el testamento de Cristabel, hubo nuevas habladurías; por cierto, parecía destinado a producir inquina entre diversas personas. Cristabel dejó una considerable fortuna; había varios legados a amigos, incluyendo una jugosa suma a *Mrs. Wentworth* y sumas más pequeñas a personas que habían trabajado para ella, su secretaria y otras análogas. A su familia, dejó la casa y una anualidad, a condición de que *Mrs. Wentworth* tuviera libertad para usar determinada parte de la casa cuando así lo deseara. La gente del pueblo cree que eso fue un duro golpe para la familia y no le ahorraron críticas. Algunos dijeron que se trataba de una hija y nieta desnaturalizada. Por supuesto, todos odiaban instintivamente a la amiga de Cristabel, incluso quienes nunca la habían visto.

En esa época, llegaron a mis oídos algunos de esos rumores, pero los olvidé. Luego, en la primera semana de este mes, recibí una carta de *Mrs. Wentworth*. Estaba escrita en la casa de Cristabel, y comenzaba «Querido George». Esta gente lo tutea a uno a los cinco minutos de conocerlo y hay que acostumbrarse, aunque debo confesar que me resulta imposible. La carta —aquí la tengo— dice:

Querido George:

Le escribo para pedirle un favor, en virtud de la amistad que lo unía a Cristabel. Me han solicitado que escriba su biografía. Supongo sabrá usted que Cristabel es relativamente famosa y más aún después de su muerte, pobrecita. He accedido a hacerlo y creo hallarme en tan buenas condiciones como el que más. Estoy ansiosa por saber todo lo posible acerca de sus primeros años, los años anteriores a mi amistad con ella. Sé que usted la conoció muy bien en esos días. Ella le tenía mucho afecto. ¿Sería usted tan amable de venir a pasar aquí algunos días? ¿Podría traer consi-

go cualquier material de interés —cartas, fotografías, etc.— de manera que pudiésemos examinarlo juntos y yo pudiese interrogarlo al respecto? Mi secretaria, *Miss Hone*, estará aquí para transcribir todo aquello que usted quiera decirme, de manera que no deberá usted molestarse en escribir nada; sé cuán atareado debe de estar. Si no tiene material alguno, no por ello deje de venir; aun así querré saber todo lo que usted pueda contarme acerca de las primeras experiencias de Cristabel. Por supuesto, nada utilizaré sin su consentimiento.

Por favor, no rechace esta invitación. Cuento con usted. Sé que no me fallará, o mejor aún, que no le fallará a *Cristabel*.

Suya, muy sinceramente,  
MARCIA WENTWORTH

Bien, ¿qué podía hacer? No cabía duda de que *Mrs. Wentworth* había sido la mejor amiga de *Cristabel*; y parecía una buena idea, si deseaba escribir su biografía, conversar con algunos de los amigos de infancia y adolescencia de *Cristabel*, que la habían conocido antes de ingresar en esos círculos literarios. Por lo demás, yo no había decidido aún acerca de mis vacaciones, de modo que era muy fácil disponerlo todo. Llamé al hospital y conseguí un reemplazante; luego llené una valija con mis cosas y me encaminé en mi coche a casa de *Cristabel*.

Había llamado por teléfono a *Mrs. Wentworth* temprano, para anunciarle mi llegada y saber a qué hora me esperaba. Por su tono, parecía auténticamente encantada y agradecida. Nada hubo en lo que dijo que me hiciera sospechar que no sería el único invitado. Había cuidado de buscar unas cuantas cosas, tal como ella lo sugiriera: fotografías de grupos escolares, algunos recortes periodísticos, un ejemplar de una revista que habíamos editado, y otras minucias del mismo tipo. No tenía cartas. No recuerdo que